

El placer individual, no podía ser de otra manera, en Vallejo no posee ningún tipo de reacción moral. No pretende juzgar a nadie y si lo hiciera todo el mundo, incluido él, sería inocente. De todas formas la presencia del placer individual en su poesía se reduce a estos dos ejemplos, pero son ciertamente importantes ya que en la poesía de la época no era un tema profusamente tratado.

La vida y el placer de estar vivos

De igual manera, el placer vallejiano se expresa por medio del descubrimiento de la vida y del estar vivos. Por un asombro y una maravilla constante:

¡Señores! Hoy es la primera vez que me doy cuenta de la presencia de la vida. ¡Señores! Ruego a ustedes dejarme libre un momento, para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por la primera vez, me extasía y me hace dichoso hasta las lágrimas.¹²

Este sentimiento primigenio y espontáneo es un auténtico sacudimiento de alegría: «Mi gozo viene de lo inédito de mi emoción», afirma Vallejo, para insistir en la misma idea «Mi exaltación viene de que antes no sentí la presencia de la vida». Todo es nuevo, los hombres y su entorno, la naturaleza y hasta el paisaje: Nunca, sino ahora, han pasado gentes. Nunca, sino ahora, ha habido casas y avenidas, aire y horizonte».

Este hallazgo de la vida, paralelo al del dolor en «Voy a hablar de la esperanza» es realizado a través de la abstracción del concepto. Pareciera como si Vallejo hubiera de nuevo nacido. De hecho, es él el que así lo afirma al escribir: «Ahora yo no conozco a nadie ni nada. Me advierto en un país extraño, en el que todo cobra relieve de nacimiento, luz de epifanía inmarcesible».

La epifanía inmarcesible va acompañada de la casi inexistencia de tiempo físico: «¡Cuán poco tiempo he vivido! Mi nacimiento es tan reciente, que no hay unidad de medida para contar mi edad. ¡Si acabo de nacer! ¡Si aún no he vivido todavía! Señores: soy tan pequeñito que el día apenas cabe en mí».

La inexistencia de tiempo físico, apoyada en el poema por la carga emocional del diminutivo, se contrapone con la presencia de un vida interior. El recuerdo, es decir, la memoria y sus raíces, está lleno de vida. La memoria selecciona, frente al olvido, los recuerdos. La soledad humana es en [No vive ya nadie...] de *PP*, inexistencia de memoria, y, por tanto, de vida, contrapuesta la primera al centinela del tiempo interior, que es el recuerdo:

—No vive ya nadie en mi casa —me dices—; todos se han ido. La sala, el dormitorio, el patio, yacen despoblados. Nadie ya queda, pues, que todos han partido. Y yo te digo: Cuando alguien se va, alguien queda. El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado. Las casas nuevas están más muertas que las viejas, porque sus muros son de piedras o de acero, pero no de hombres. Una casa viene al mundo, no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla.

La casa, como la tumba, está habitada por hombres, su gran diferencia es el lugar que ocupan en el espacio. Su diferencia estriba en que una es vertical, mientras la otra horizontal:

¹² «Hallazgo de la vida», de PH.



Una casa vive únicamente de hombres, como una tumba. De aquí esa irresistible semejanza que hay entre una casa y una tumba. Sólo que la casa se nutre de la muerte del hombre. Por eso la primera está de pie, mientras que la segunda está tendida.

El placer de la dicha estriba en el no reconocimiento hasta que ha pasado, hasta que es recuerdo, escribe Vallejo en [Pero antes que se acabe...]:

En tu oreja el cartílago está hermoso
y te escribo por eso, te medito:
No olvides en tu sueño de pensar que eres feliz,
que la dicha es un hecho profundo, cuando acaba,
Pero al llegar, asume
un caótico aroma de astra muerta.

Este «caótico aroma» es expresado desde los versos iniciales del poema: «Pero antes que se acabe/ toda esta dicha, piérdela atajándola,/ tómale la medida, por si rebasa tu ademán, rebásala,/ ve si cabe tendida en tu extensión».

La vida es finita. Posee límites y sus órganos constituyen el alma. La vida a secas. Terrible pero diáfana. Así es como la entiende Vallejo en «Dos niños anhelantes» al escribir que: «No. No tiene plural su carcajada», ya que «ni por haber entrado al mar descalza,/ es la que piensa y marcha, es la finita». La finita, la que conoce las fronteras del tiempo «El la vida no más; sólo la vida», pero a pesar de todo la vida es «cosa bravísima».

La vida, «querer en sustancia ser dichoso» como dice en [Quisiera hoy ser feliz de buena gana...], conlleva la palpitación de las pulsiones más primitivas. El odio no es más que otro nombre del amor. La vida es una extraña mezcla en la que el «bueno» debe «ser su poquillo de malo». La vida es «remendar a los niños y a los genios», como dice en [Me viene, hay días, una gana ubérrima, política...]:

Me viene, hay días, una gana ubérrima, política,
de querer, de besar al cariño en sus dos rostros,
y me viene de lejos un querer
demostrativo, otro querer amar, de grado o fuerza,
al que me odia, al que rasga su papel, al muchachito,
a la que llora por el que lloraba,
al rey del vino, al esclavo del agua,
al que ocultóse en su ira,
al que suda, al que pasa, al que sacude su persona en mi alma.
Y quiero, por lo tanto, acomodarle
al que me habla, su trenza; sus cabellos, al soldado;
su luz, al grande; su grandeza, al chico.
Quiero planchar directamente
un pañuelo al que no puede llorar
y, cuando estoy triste o me duele la dicha,
remendar a los niños y a los genios.

La vida se presenta de mil formas distintas. Cuando el sujeto lírico del poema, además, se encuentra en cama, enfermo; ésta adquiere connotaciones extrañas. Las palomas que ve tras los cristales le recuerdan otras que vertían sobre él «sus dianas de animales», como dice en [La vida, esta vida...]. La vida es un hecho transitivo. La dicha y la ternura; el amor tiene formas contrarias de expresión. Cuando a la semántica se le

somete a una crispación de contrarios, a una torsión de significados, la vida alcanza la médula de fusión necesaria, para que la luz emanada de sus polos, tenga tal atmósfera, que los cambios climáticos del poema provoquen una unción con el silencio inherente a todo texto poético:

César Vallejo, parece
mentira que así tarden tus parientes,
sabiendo que ando cautivo,
sabiendo que yaces libre.

¡Vistosa y perra suerte!
¡César Vallejo, te odio con ternura!

La escritura por instantes, se corporiza. Lo más abstracto toma forma. La lágrima, símbolo del dolor, reposa en la mano, la utopía de la transformación. La vida cierra en ocasiones sus puertas y el poeta, *credo quia absurdum*, se muestra con la luminosidad del que conoce las profundidades de la naturaleza. *Cuique suum*. Dice Vallejo en [Quiere y no quiere su color mi pecho]:

Quiere y no quiere su color mi pecho,
por cuyas bruscas vías voy, lloro con palo,
trato de ser feliz, lloro en mi mano,
recuerdo, escribo
y remacho una lágrima en mi pómulo.

Julio Vélez